

Y Juan, muy contento, le tuteó también sonriéndose.

—Ahora, amiguito, si quieres fumaremos un pitillo; tengo tabaco.

V

Al día siguiente, el 26, Mauricio se levantó con agujetas, á consecuencia de la noche pasada bajo la tienda. Todavía no se había acostumbrado á dormir sobre el duro suelo, y como la víspera se había dado una orden prohibiendo á los soldados se descalzaran, á cuyo efecto los sargentos revistaron las tiendas mientras dormían, para cerciorarse de que ningún soldado había dosobedecido, su pie no estaba mejor, continuaba haciéndola sufrir, dándole calentura, y lo peor era que había cogido un frío al querer estirarse durante la noche, sacando los pies fuera de la tienda.

Juan le dijo al verle:

—Amiguito, si tenemos que emprender la marcha, debes ir á ver al médico para que te meta en un carro.

Pero nada se sabía: circulaban versiones muy contrarias. Hubo un momento en que se creyó que se iba á emprender la marcha; se levantó el campamento, y todo el cuerpo de ejército atravesó el pueblo de Vouziers, dejando sólo sobre la margen izquierda del Aisne, una brigada de la segunda división, para que continuara vigilando el camino de Monthois, y á poco, al otro lado del pueblo, sobre la margen derecha, se pararon, formáronse los pabellones de armas en los campos y en las praderas que se extienden á ambos lados del camino del

Grand Pré. En aquel momento, la salida del 4.º de húsares, alejándose al trote por aquel camino, dió lugar á que se hicieran muchos comentarios.

—Si aguardamos, aquí me quedo,—dijo Mauricio á quien repugnaba la idea de ir á visitar al médico.

Pronto se supo, en efecto, que acampaban allí, hasta que el general Douay pudiese obtener noticias exactas acerca de la marcha del enemigo. Desde la víspera, desde el momento en que vió la división Margueritte subir hacia el Chéne, sentía mucha inquietud, sabiendo que ni un solo hombre guardaba los desfiladeros del Argonne, hasta el punto de que podía verse atacado de un momento á otro. Acababa de enviar al 4.º de húsares para que reconociera el país hasta los desfiladeros del Grand Pré y de la Croix-aux-Bois, con orden de traerle noticias á toda costa.

La víspera, gracias á la actividad del alcalde de Vouziers, se había hecho un reparto de pan, carne y forraje; y hacia las diez, aquella mañana, se había autorizado á las tropas para que hicieran el rancho, por temor de que no tuvieran tiempo de hacerlo más tarde, cuando una segunda salida de tropas, la de la brigada Bordas, que tomó el mismo camino que habían llevado los húsares, preocupó de nuevo á todo el mundo. ¿Pero qué, iban á marcharse ya? ¿No les dejaban comer el rancho? Los oficiales explicaron entonces que la brigada Bordas tenía que ocupar á Buzancy, á algunos kilómetros de distancia. Otros, en cambio, decían que los húsares habían encontrado muchos escuadrones enemigos, y que la brigada iba á contenerlos.

Aquellas horas lo fueron de descanso para Mauricio: se había acostado en un campo al lado de donde acampaba el regimiento; y, aletargado por el cansancio, miraba delante de sí aquel lindo valle del Aisne, aquellos prados, llenos de árboles, en medio de los cuales se desliza el río perezosamente. Enfrente de él, cerrando el valle, el pueblo de Vouziers, se levantaba en anfiteatro con sus tejados que dominaba la iglesia, con su flecha esbelta y su torre que terminaba en una cúpula. Abajo, cerca del puente, las chimeneas de las fábricas de curtidos lanzaban al aire espesas columnas de humo, mientras que en el otro extremo, los edificios de un gran molino aparecían enharinados entre los campos verdes. Y aquel horizonte de pueblo, perdido entre las altas yerbas, le parecía lleno de encanto, como si hubiese vuelto á encontrar sus ojos de hombre soñador y sensible. Era su juventud lo que aquellos contornos le recordaban; las expediciones que había hecho á Vouziers cuando vivía en el Chene, su pueblo. Durante una hora lo olvidó todo.

Hacía ya tiempo que se había comido el rancho y continuaban aguardando, cuando á las dos y media, una sorda agitación que fué creciendo poco á poco se apoderó de todo el campamento. Circularon órdenes, se evacuaron los prados, subieron las tropas colocándose en las laderas de los montes, entre dos aldeas, Chestres y Falaise, separadas por una legua. Los ingenieros cavaban zanjas y construían trincheras y espaldones, mientras que á la izquierda la artillería de reserva se colocaba dominando el valle. Circuló la noticia de que el general Bordas había enviado una estafeta para decir que

habiendo encontrado fuerzas superiores en el Grand Pré, se veía obligado á replegarse sobre Buzancy, lo que hacía temer que se viera cortada su línea de retirada sobre Vouziers. Así es que el comandante del 7.º cuerpo, creyendo iba á ser atacado inmediatamente, había ordenado á las tropas tomaran posiciones con objeto de sostener el primer choque, mientras el resto del ejército llegaba para apoyarle, y uno de sus ayudantes había salido con una carta para el mariscal Mac Mahon, previniéndole lo que ocurría y piniéndole socorros. Por último, temiendo que el convoy de víveres que había llegado durante la noche le estorbase, lo dirigió hacia Chagny. Era la batalla.

—¡Ahora va de veras! ¿no es verdad, mi teniente?—dijo Mauricio, dirigiéndose á Rochas.

—¡Ya lo creo!—contestó el teniente moviendo los brazos.—¡Ya verá usted como no hace frío dentro de un rato!

Todos los soldados estaban muy contentos. Desde que se establecía la línea de batalla entre Chestres y Falaise, reinaba gran animación en el campamento, y la impaciencia se había apoderado de los hombres. Había llegado la hora de ver aquellos prusianos, de los que decían los periódicos que estaban tan destrozados por las marchas, vestidos de harapos, extenuados por las enfermedades, y la esperanza de arrollarlos al primer encuentro animaba á todos.

—No es malo que los encontremos de nuevo,—decía Juan,—porque hace ya bastante tiempo que jugamos al escondite, desde que nos perdimos de vista, allá, en la frontera, después de su batalla...

Pero ¿serán esos los que derrotaron á Mac-Mahon? Mauricio no pudo contestarle.

Según lo que había leído en Reims, le parecía muy difícil que el tercer ejército, mandado por el príncipe real de Prusia, estuviese en Vouziers, cuando la antevíspera aún debían acampar cerca de Vitry-le Français. Se había hablado algo, es verdad, de un cuarto ejército, puesto á las órdenes del príncipe de Sajonia, que iba á operar sobre el Meuse: era este sin duda, aunque le extrañaba la pronta ocupación del Grand Pré, efecto de las distancias. Pero lo que acabó de enmarañar sus ideas fué el estupor que le causó oír al general Bourgain Desfeuilles preguntar á un aldeano de Falaise si el río Meuse pasaba por Buzancy y si había allí buenos puentes. Verdad es que, con su ignorancia supina, el general declaraba que iban á ser atacados por una columna de cien mil hombres, que venían del Grand Pré, mientras que otra de sesenta mil llegaba por Sainte-Menehould.

—¿Cómo va tu pie?—preguntó Juan á Mauricio.

—Ya no me duele,—dijo sonriéndose;—si nos batimos, se curará.

Y era la verdad; tanta era la excitación nerviosa que se había apoderado de su cuerpo. ¡Pensar que en toda la campaña no había quemado un cartucho! Había ido á la frontera, había pasado delante de Mulhouse la terrible noche de angustia, sin ver un prusiano, sin tirar un tiro; y había tenido que ir de retirada hasta Belfort, hasta Reims, y nuevamente marchaba al enemigo, desde hacia cinco días, con su fusil virgen, inútil. Un deseo que iba en aumento, una rabia lenta le asustaba, ¡qué ga-

nas tenía de apuntar y disparar, para aliviar sus nervios! En las seis semanas que llevaba en el ejército, después de haber sentado plaza en un momento de entusiasmo, soñando entrar en batalla al siguiente día, sólo había estropeado sus pies de hombre delicado, huyendo, marchando siempre lejos de los campos de batalla. Así es que en la febril impaciencia que de todos se había apoderado, era uno de los que con más ansiedad miraba el camino del Grand Pré, que se deslizaba recto hasta perderse de vista entre dos hileras de árboles magníficos. Por debajo de él se desarrollaba el valle, y el Aisne parecía una cinta de plata, entre los sauces y los álamos, y sus miradas volvían siempre al camino escudriñándolo.

Hacia las cuatro, hubo una alerta. El 4.º de húsares, después de un gran rodeo, regresaba; y aumentados cada vez más, circularon los cuentos de combates con los hulanos, lo que confirmó en todos la creencia de que iban á ser atacados inmediatamente. Dos horas después, llegó otra estafeta, diciendo que el general Bordas no se atrevía á abandonar el Grand Pré, convencido de que el camino de Vouziers estaba cortado. No había tal cosa, puesto que la estafeta había podido pasar libremente; pero de un momento á otro podía ocurrir lo que temía el general Bordas y el general Dumont, comandante de la división, salió en seguida con otra brigada, para apoyar la primera y sacarla del apuro. El sol se ponía detrás de Vouziers, cuyos tejados negros se destacaban sobre una nube roja. Durante algún tiempo, entre la doble hilera de árboles, pudieron los ojos seguir á la brigada, que

acabó por perderse en las sombras nacientes.

El coronel Vineul vino á asegurarse de las buenas posiciones que ocupaba su regimiento para pasar la noche. Extrañó no encontrar en su puesto al capitán Beaudoin; y como éste volviera entonces de Vouziers, dando por pretexto que había almorzado en casa de la baronesa de Ladicourt, recibió una reprensión que oyó sin replicar palabra.

—Muchachos,—dijo el coronel al pasar delante de los soldados,—es probable que nos ataque esta noche y si no, al amanecer... Preparaos y tened en cuenta que el 106° no ha retrocedido nunca.

Todos le aclamaron, todos preferían acabar de una vez con el cansancio y el descorazonamiento que se iba apoderando de todos ellos desde que habían comenzado la campaña. Revisaron los fusiles, y como se habían alimentado con comida caliente aquella mañana, tomaron café y comieron galletas. Se había dado la orden de que no se acostara nadie. Se pusieron centinelas, muy lejos, hasta en las márgenes del Aisne. Todos los oficiales vigilaron aquella noche alrededor de las fogatas del campamento. Y, apoyados contra una pared, se veían en algunos momentos al resplandor de las llamas los bordados recamados del general en jefe y de su Estado Mayor, sombras que se agitaban ansiosas, que iban hacia el camino por donde se aguardaba al enemigo, acechando, vigilando, prestando atención á los menores ruidos, presas de mortal inquietud por la suerte que hubiera podido caer á la tercera división.

A eso de la una de la madrugada, Mauricio tuvo que colocarse de escucha en el lindero de un cam-

po de ciruelos entre el río y la carretera. La noche era negra como boca de lobo. Cuando se encontró solo, en el imponente silencio del campo dormido, sintió que una especie de terror se apoderó de él, un miedo que no podía vencer, que no era dueño de dominar, que le avergonzaba y le encolerizaba. Había vuelto la cabeza para tener la seguridad de que se veían las hogueras del campamento; pero un bosquecito debía ocultarlos, pues sólo hallaba detrás de sí un mar de tinieblas, viéndose solamente, allá muy lejos, algunas luces en Vouziers, cuyo vecindario, prevenido sin duda, temblando ante el temor de la batalla, no se acostaba. Lo que acabó de asustarle, fué que al tratar de hacer puntería no veía la mira del fusil. Entonces empezó la espera más cruel, concentradas todas las fuerzas de su espíritu en el oído, prestando atención á los ruidos más imperceptibles; las tropas que se movían, el agua del lejano río, un insecto que saltaba, todos los rumores llegaban á sus oídos adquiriendo enormes proporciones, creyendo acaso que fueran producidos por el galopar de los caballos ó el rumor sordo de la artillería. ¿No había oído á su izquierda el murmullo ahogado de unas voces? Una vanguardia quizá que se acercaba á favor de la obscuridad preparando una sorpresa. Tres veces estuvo á punto de hacer un disparo para dar aviso al campamento. El temor de sufrir una equivocación, de ponerse en ridículo, aumentaba su malestar. Se había arrodillado, apoyando las espaldas contra un árbol; parecía que estaba allí hacía mucho tiempo y que le habían olvidado, que el ejército se había marchado

abandonándole. De pronto perdió el miedo, distinguiendo perfectamente sobre el camino en que estaba, á unos doscientos metros, el paso cadencioso de los soldados en marcha. En seguida cayó en la cuenta de que eran las brigadas que se esperaban con tanta impaciencia, á las inmediatas órdenes del general Dumont. En aquel momento fueron á relevarle de su guardia. Apenas si había durado la hora reglamentaria.

Era en efecto la tercera división que volvía al campamento; todos sintieron un alivio inmenso. Pero se redoblaron las precauciones porque las noticias traídas confirmaban todo lo que creían saber acerca de la proximidad del enemigo. Algunos prisioneros que habían cogido, hulanos sombríos, envueltos en sus grandes capas blancas, se negaron á hablar. Y amaneció el alba triste de una mañana lluviosa, sorprendiendo á las tropas que continuaban aguardando al enemigo, enervadas é impacientes. Llevaban catorce horas sin atreverse á dormir. Serían las siete cuando el teniente Rochas dijo que el mariscal Mac-Mahon llegaba con todo el ejército. La verdad era que el general Douay había recibido en contestación á su despacho de la víspera, anunciando la batalla inevitable en los alrededores de Vouziers, una carta en la que le decía se resistiera hasta que pudiera enviarle fuerzas para que le apoyaran; el movimiento de avance se había paralizado; el primer cuerpo marchaba sobre Terron, el 5.º sobre Buzancy, mientras que el 12.º se quedaba en el Chene, en segunda línea. Comprendieron todos que no se trataba de un combate aislado, sino de una gran batalla en la que debía tomar parte

todo el ejército, que ya no se dirigía hacia el Meuse, sino que marchaba desde luego hacia el Sur, en el valle del Aisne; no se atrevieron á hacer el rancho, tuvieron que contentarse una vez más con café y galletas, porque la batalla iba á comenzar á las doce: todos la deseaban sin saber por qué. Un ayudante del general Douay había salido á todo escape para ver al mariscal Mac-Mahon, con objeto de que enviara el auxilio prometido, puesto que se acercaban los dos ejércitos, y tres horas después salió otro oficial para el Chene, donde debía hallarse el cuartel general para pedir órdenes, tal era la inquietud que se había apoderado de todos á consecuencia de las noticias traídas por un alcalde de aldea, que pretendía haber visto unos cien mil hombres en el Grand Pré, mientras que otros cien mil subían por Buzancy.

Al mediodía aún no se habían presentado los prusianos. A la una, á las dos, tampoco. Y el cansancio y la incertidumbre se apoderaban de las tropas. Algunos empezaron á guasearse de los generales. ¡Tal vez habrán visto la sombra de los prusianos en alguna pared! Había quien ponía á votación la conveniencia de comprarles lentes. ¡Vaya unos farsantes! Pues si no se veía á nadie ¿para qué los habían molestado tanto? Un guasón dijo:

—¿Va á pasar lo mismo que en Mulhouse?

Al oír esta frase, Mauricio sintió que la angustia se apoderaba de nuevo de él. Recordaba aquella huida necia, aquel pánico que había arrastrado al 7.º cuerpo, sin que se hubiese presentado un alemán en diez leguas á la redonda. Y aquella aventura volvía á empezar, lo presentía. Para que el

enemigo no los hubiese atacado veinticuatro horas después de la escaramuza habida en el Grand Pré, era indudable que el 4.º de húsares sólo había tropezado allí con algunas fuerzas de caballería en descubierta. Las columnas debían hallarse aún muy lejos, tal vez á dos jornadas de marcha. De pronto le aterró la idea del tiempo que se había perdido. En tres días habíanse andado dos leguas, de Contreuve á Vouziers. El 25, los otros cuerpos de ejército habían subido hacia el norte, para reponer los viveres; mientras que ahora, el 27, bajaban hacia el sur, para aceptar una batalla que nadie les ofrecía. Detrás del 4.º de húsares, hacia los desfiladeros de Argonne, abandonados, la brigada del general Bordas se había creído perdida, arrastrando para socorrerla á toda la división, después al 7.º cuerpo y luego al ejército entero, inútilmente. Y Mauricio pensaba en el valor inapreciable de cada hora, de cada minuto, en aquel proyecto loco, que tenía por objeto reunir los ejércitos de Metz y Chalons, un plan que sólo hubiera podido realizar un general de talento, con tropas buenas, marchando resueltamente hacia adelante, arrollando todos los obstáculos que se le presentaran en su camino.

—¡Estamos perdidos!—dijo á Juan, descorazonado, en un momento de lucidez.

Después, como éste último abría desmesuradamente los ojos, sin comprender lo que le decía, continuó hablando en voz baja, refiriéndose á los jefes.

—¡Son más tontos que malos, es cierto, y poco afortunados! ¡No saben nada, no preven nada, no tienen plan, ni ideas, ni suerte!... ¡Todo viene mal, estamos perdidos!

Y aquel desaliento que Mauricio, como hombre instruido é inteligente razonaba, aumentaba y se iba apoderando de aquellas tropas, inmovilizadas, desalentadas todas de aguardar tanto y en vano. Lentamente, la duda, el presentimiento de la verdadera situación, obraba en aquellos cerebros, y ninguno de aquellos soldados, aun el más torpe, dejaba de comprender que le guiaban mal aquellos jefes y que les hacían andar y padecer inútilmente. ¿Qué diantre hacían allí quietos, puesto que no venían los prusianos? Debían batirse en seguida, ó marcharse á cualquiera parte para dormir tranquilamente. Desde que el último ayudante se había marchado para traer órdenes, aumentaba la ansiedad á cada momento, se habían formado grupos que hablaban, discutían en voz alta. Los oficiales, contagiados por aquella agitación, no sabían qué contestar á los soldados que se atrevían á preguntar algo. A las cinco, cuando corrió el rumor de que había regresado el ayudante de campo trayendo órdenes para replegarse, todos los pechos se ensancharon.

¡Había ganado el partido de la prudencia! El emperador y el mariscal Mac-Mahon, que siempre se habían opuesto á aquella marcha sobre Montmédy, al saber que les habían ganado de nuevo en velocidad, y temiendo tener que hacer frente al ejército del príncipe real de Sajonia y al del príncipe real de Prusia, renunciaban á la improbable unión con el ejército del mariscal Bazaine, para batirse en retirada por las plazas fuertes del norte, y replegarse después sobre París. El 7.º cuerpo recibía la orden de ganar Chagny, por el Chéne, mientras que

el 5.º debía marchar sobre Poix, el 1.º y el 12.º sobre Vendresse. Pero, si retrocedían, ¿por qué habían avanzado hasta el Aisne? ¿Por qué perder tantos días, y tantas fatigas? ¿Cuando hubiera sido tan fácil ir desde Reims á tomar fuertes posiciones en el valle del Marnel? ¿No había dirección, ni talento militar, ni sentido común? Pero acabaron de preguntar, con la alegría que les había producido el partido razonable y prudente, que había convencido á todos de la necesidad de sacar los tropas de aquel atolladero en que las habían metido. Desde los generales hasta los últimos soldados, todos presentían que bajo los muros de París se harían fuertes, llegarían á ser invencibles y que allí, necesariamente, derrotarían á los prusianos. Era preciso evacuar á Vouziers al amanecer, de modo que pudieran emprender la marcha hacia el Chene, antes de haber sido atacados, é inmediatamente, el campamento adquirió extraordinaria animación; sonaban las cornetas, se cruzaban las órdenes, mientras que los bagajes y el convoy de la administración militar salían por delante para no entorpecer la retirada.

Mauricio estaba satisfechísimo. Luego, como intentara explicar á Juan el movimiento de retirada que se iba á ejecutar, el dolor le hizo dar un grito: había desaparecido la excitación nerviosa y se encontraba con la herida del pie, que le hacía sufrir mucho.

—¿Qué es eso? ¿vuelve á empezar?—preguntó el cabo.

Tuvo una idea feliz, práctica, y la comunicó al joven.

—Ayer me dijiste que tenías algunos conocidos en el pueblo. Debías pedir permiso al médico para que te dejaran ir en coche al Chene, donde podrías pasar la noche en una buena cama. Mañana, si no te encuentras bien, te cogeremos al paso. ¿Te conviene?

En Falaise, la aldea cerca de la cual se hallaban, Mauricio se había encontrado con un antiguo amigo de su padre, que iba á llevar á su hija en el coche, con una tía que vivía en el Chene y precisamente estaban preparados para marcharse.

Pero cuando empezó á hablar con el médico Bouroche, las cosas se le presentaron con mal cariz.

—Estoy inútil, tengo una herida en el pie, señor doctor...

Al oír aquello, Bouroche sacudió su melena de león y rugió:

—No soy el señor doctor... ¿quién me ha enviado un soldado tan animal?

Mauricio, asustado, tratada de disculparse, pero Bouroche añadió:

—Soy el médico mayor, ¡oye usted, bruto!

Después, comprendiendo con quién se las había, debió de avergonzarse y se incomodó de veras.

—¡Conque el pie, eh!... sí, hombre, sí, le doy á usted permiso. ¡Suba usted al coche, suba usted en globo! ¡Tenemos bastantes vagos, bastantes holgazanes!

Cuando Juan ayudó á Mauricio á subir al coche, este último se volvió para darle las gracias y los dos hombres se abrazaron, como si no debieran volverse á verse más. ¿Quién podía saberlo en aquella retirada y con los prusianos detrás? Mauricio se